

Cuidado, No tocar

David está consolidando su liderazgo sobre Israel, un Israel ahora unido. El capítulo 6 trata principalmente sobre el arca de la alianza, del pacto, el arca de Dios. Recordarán que esta arca se la habían llevado los filisteos en el capítulo 7 del primer libro de Samuel. Estudiamos todo lo que pasó con el arca entre los filisteos. El arca se había quedado en casa de Abinadab, después de ser devuelta por los filisteos. Ahora David pretende fortalecer la unidad del pueblo y hacerlo bajo el poder y adoración del único Dios.

Así fue como David quiso traer de regreso el arca de la alianza a Jerusalén, a la nueva capital. El arca debía ser transportada desde la casa de Abinadab, para luego ser colocada en Jerusalén y así fortalecer la unidad nacional e incluso la unidad religiosa del pueblo de Israel. De esta manera podría resultar mucho más adecuado para fortalecer la unificación del pueblo en torno del gran rey David. De hecho, el arca a veces era llamada simplemente "el Nombre", una expresión cargada de reverencia, que hablaba de la santidad de Dios. Y ese no era cualquier objeto. El arca representaba la presencia divina entre su gente, y por eso, debía tratarse con extremo cuidado.

Por ejemplo, ella debía ser llevada apenas por levitas, y nadie debería tocar el arca porque era santa, un arca sagrada. Veremos entonces lo que ocurre aquí en el texto cuando el arca es llevada a Jerusalén. Solo los levitas podían transportarla, y nadie—absolutamente nadie— debía tocarla. Era un objeto sagrado. David puso en marcha este plan de llevar el arca a Jerusalén, dice que: “David volvió a reunir a todos los mejores soldados de Israel, que sumaban treinta mil. Partió de Baalá de Judá con todo su ejército, para trasladar de allí el arca de Dios, donde se invocaba el nombre del Señor de los ejércitos, que habita entre los querubines. Sacaron el arca de Dios de la casa de Abinadab, que estaba sobre una colina, y la pusieron sobre un carro nuevo al que iban guiando Uzá y Ajió, los hijos de Abinadab. Cuando sacaron de la casa de Abinadab el arca de Dios, Ajió iba delante del carro, mientras que David y todo el pueblo danzaban alegremente delante del Señor, al son de instrumentos musicales de madera de haya, y de arpas, salterios, panderos, flautas y címbalos.” (RVC).

Ya podemos imaginarlo: una gran fiesta. El arca fue traída desde la región de Quiriat-Jeraim a Jerusalén y todos iban cantando y danzando en una gran manifestación de alegría y de felicidad, trayendo el arca a Jerusalén. “Al llegar a la era de Nacón, los bueyes tropezaron y Uzá estiró la mano para sujetar el arca. Pero el Señor se enojó muchísimo contra Uzá por haberse atrevido a tocar el arca, y allí mismo hirió a Uzá, y éste cayó fulminado.”

Cuesta trabajo entender lo que pasó allí. Porque Digamos que Uza le intentó dar una mano a Dios, es algo que pareciera extraño, pero en vez de obedecer lo que Dios ordenó en la ley, en vez de respetar la santidad de Dios, podemos decir que trajeron el arca de manera descuidada. El arca se había traído sin atender, sin observar las recomendaciones que Dios había ordenado al pueblo.

Entonces ¿qué ocurre? Los bueyes tropezaron y Uza extendió el brazo para tratar de sujetarla, para intentar echarle una mano al arca de Dios. Pero en ese momento, fue la reprensión lo que vino de la mano de Dios, y cuando eso pasa, las cosas se ponen muy serias. En aquel momento, murió. Y David, que todavía está aprendiendo muchas cosas, se quedó muy molesto.

Dice el texto bíblico que “David se puso muy triste [en realidad otras versiones como la Nueva Versión Internacional traducen “Se enojó...”] de que el Señor hubiera dado muerte a Uzá, y desde entonces aquel lugar se llama «Peres Uzá». David tuvo entonces temor del Señor, y se preguntaba: «¿Cómo puedo pensar en llevarme el arca del Señor?» Entonces ordenó que, en lugar de llevar el arca del Señor a la ciudad de David, la llevaran a la casa de Obed Edom, el de Gat. Y así, el arca del Señor se quedó tres meses en la casa del gatita Obed Edom, y Dios lo bendijo a éste y a toda su familia.”

Observa que el pacto de Dios con David —una relación cercana y continua con Su pueblo, más allá de un sentido técnico— se manifiesta en la vida de David como una alianza que demanda santidad. Y David ahora siente verdadero miedo, temor de Dios, porque descubrió lo terrible que es despreciar la santidad de Dios. El texto entonces sigue contándonos lo que pasó después de ese paseo del arca del Señor. “Cuando David se enteró de que por causa del arca el Señor había bendecido a Obed Edom y a toda su familia, lleno de alegría llevó el arca a la ciudad de David. Apenas habían dado seis pasos los que llevaban el arca cuando David ofreció en sacrificio un buey y un carnero engordado. Ataviado con un efod de lino, David danzaba con todas sus fuerzas delante del Señor. Lo mismo hacía todo el pueblo de Israel que acompañaba el arca del Señor. Todo era júbilo y sonido de trompetas.”

La gran bendición del pueblo de Dios es dada por la presencia de Dios en medio de su pueblo. Ahora, todo apunta a que David está haciendo las cosas según las exigencias de Dios. Fíjate que el arca había sido puesta en un carro. Ahora no: ahora es llevada por medio de varas largas para que fuese cargada de manera adecuada y las personas no podían tocarla. David ahora está obedeciendo, se viste la ropa sacerdotal y empieza a cantar y a bailar con gran alegría en medio del pueblo por la presencia del arca, por la presencia del Señor en medio de su pueblo. ¡Nada más y nada menos que el Señor entre ellos! ¿Lo puedes imaginar?

Y justo en ese contexto, el texto nos relata algo muy llamativo que ocurre... “Cuando el arca del Señor llegó a la ciudad de David, Mical, la hija de Saúl, estaba mirando por la ventana, y al ver a David saltar y danzar delante del Señor, sintió por él un profundo desprecio. El arca del Señor fue llevada a una tienda de campaña que David había ordenado levantar, y David ofreció al Señor sacrificios y ofrendas de reconciliación.”

David está espiritualmente, de manera muy elevada, alabando y adorando a Dios, trayendo sacrificios, mientras Mical, al observarlo, ve a David como un rey que se pone en una posición indebida y ella desprecia, no acepta aquello y rechaza la actitud de David. David sigue adelante en la gran fiesta dedicada a Dios... “Luego de ofrecer

los sacrificios y las ofrendas de reconciliación, David bendijo al pueblo en el nombre del Señor de los ejércitos, y repartió entre el pueblo, hombres y mujeres, un pan, un trozo de carne y una torta de pasas. Después de eso, todo el pueblo se fue, cada uno a su casa.”

No solamente encontramos en ese texto la noticia triste de cuando Dios castiga a alguien, sino que de nuevo el texto nos mostrará el resultado del desprecio a la alegría dedicada a Dios. En el primer caso vimos el desprecio a la santidad, y aquí veremos el desprecio a la alabanza y adoración sincera. El versículo 20 dice: “David se dirigió entonces a su casa, para bendecirla, pero Mical salió a recibirlo y le dijo: «¡Qué bien ha quedado el rey de Israel, al dejar al descubierto sus intimidades frente a las criadas de sus sirvientes! ¡Tal desfachatez sólo es propia de un hombre cualquiera!» Pero David le respondió: “«Sí, dancé; pero lo hice delante del Señor, porque él me eligió para reinar sobre su pueblo Israel. El Señor me ha preferido a mí, en lugar de tu padre y de toda tu familia.”

“Y aún podría rebajarme más, según tu opinión, pero a los ojos de las criadas que tú mencionas seré objeto de honra.»” Aquí hay un secreto especial sobre la vida de David. Y es que David, aun siendo el gran rey, el rey poderoso, él se humilla ante el Señor y no se avergüenza de mostrar toda su alegría y satisfacción, y en una actitud, podríamos decir, casi como la de un niño, él alaba a Dios bailando de tal manera que Mical, en toda su experiencia histórica de realeza, lo desprecia por haberse portado como alguien común. Y a causa de eso el texto nos dice que “Mical hija de Saúl murió sin haber tenido hijos.”

Por lo tanto, observa que el texto nos mostrará que Dios sabe muy bien lo que hace. Dios no necesita que nadie le eche una mano, como Uzá intentó hacer. Muchas veces hacemos tantas cosas fuera de la orientación de Dios y después queremos darle una mano, como si fuésemos dueños del mundo y de la vida.

La gran verdad es que cuando no entendemos lo que Dios nos tiene que decir y orientar, hacemos las cosas fuera de Sus principios y después intentamos darle una mano sin considerar Su santidad, sin considerar la alegría, la alabanza, la adoración que Dios merece. Y cuando pasa eso, muchas veces viene la reprensión de Dios.